



LA ALEGRÍA DEL ADVIENTO

El hombre está hecho para expandirse en el gozo. El que vive la espiritualidad de Adviento descubre el sentido de la alegría cristiana. Porque la Navidad que se acerca es fiesta de gozo y salvación, desde este domingo “Gaudete” (así comienza el introito gregoriano) se comienza a vivir la esperanza feliz y desbordante de la cercanía del Señor. La alegría es respuesta al gran anuncio, a la cercana presencia. Los sueños de felicidad se van a hacer realidad con el nacimiento salvador de Jesús.

Es oportuno recordar hoy que las grandes felicidades proceden del cielo y que las pequeñas alegrías, de los hombres. Los cielos de Adviento llueven alegría para todos y eliminan la contaminación atmosférica de la tristeza anticristiana. En todos estos días luminosos hay que aumentar la provisión de alegría, para poder disponer de ella en los días oscuros.

El hombre ha sido creado para la felicidad y esta invitación de Dios llega desde el fondo de la eternidad. En el mundo hay placer y alegría. El placer es la felicidad del cuerpo; la alegría es la felicidad del alma. Y aunque en medio de las dificultades de la vida, pruebas, sufrimientos y muerte, se pueda llorar, sin embargo nunca hay derecho a divorciarse de la alegría, que por ser espiritual, no puede morir y tiene sabor de eternidad.

La alegría comienza en el instante mismo en que uno suspende sus afanes de búsqueda de la propia felicidad para procurar la de los otros. En el corazón del hombre inquieto, el hambre de felicidad es hambre de Dios. Desventurados los satisfechos que, empachados de placeres, ahogan lo infinito de sus deseos. Bienaventurados, por el contrario, quienes tienen todavía hambre. Benditos los que proporcionan alegría a los pobres; en la cúspide de la entrega y del olvido de sí, florece la alegría y se reencuentra la vida.

En Adviento se vuelve a recordar que el camino de la felicidad no arranca de las personas o de las cosas, sino que parte de uno mismo hacia los otros, es decir, hacia Dios que es causa de alegría. La entrega a Dios es una entrega a la alegría.

El Evangelio, por ser Buena Nueva, es un mensaje portador de alegría; anuncia la vida, el futuro, la esperanza, la salvación. Logra que el creyente sea un hombre libre de temores, anclado en la alegría serena. Por eso la alegría cristiana es una experiencia seria de la fraternidad, del cariño, de la comprensión, de la confianza. En Adviento todos los hombres y mujeres tienen que preguntarse si han recibido la alegría del Evangelio.

Andrés Pardo

Palabra de Dios



El desierto y el yermo se regocijarán, se alegrará la estepa y florecerá, germinará y florecerá como flor de narciso, estejará con gozo y cantos de júbilo. Le ha sido dada la gloria del Líbano, el esplendor del Carmelo y del Sarón. Contemplarán la gloria del Señor, la majestad de nuestro Dios. Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes; decid a los inquietos: «Sed fuertes, no temáis. ¡He aquí vuestro Dios! Llega el desquite, la retribución de Dios. Viene en persona y os salvará». Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se abrirán; entonces saltará el cojo como un ciervo y cantará la lengua del mudo, porque han brotado aguas en el desierto y corrientes en la estepa. El páramo se convertirá en estanque, el suelo sediento en manantial. En el lugar donde se echan los chacales habrá hierbas, cañas y juncos. Habrá un camino recto. Lo llamarán «Vía sacra». Los impuros no pasarán por él. Él mismo abre el camino para que no se extravíen los inexpertos. No hay por allí leones, ni se acercan las bestias feroces. Los liberados caminan por ella y por ella retornan los rescatados del Señor. Llegarán a Sión con cantos de júbilo: alegría sin límite en sus rostros. Los dominan el gozo y la alegría. Quedan atrás la pena y la aflicción.

Is 35,1-6a.10

R/. Ven, Señor, a salvarnos.

Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él; que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos. El Señor libera a los cautivos, el Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos. El Señor guarda a los peregrinos, sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de

los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad.

Sal 145

Por tanto, hermanos, esperad con paciencia hasta la venida del Señor. Mirad: el labrador aguarda el fruto precioso de la tierra, esperando con paciencia hasta que recibe la lluvia temprana y la tardía. Esperad con paciencia también vosotros, y fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca. Hermanos, no os quejéis los unos de los otros, para que no seáis condenados; mirad: el juez está ya a las puertas. Hermanos, tomad como modelo de resistencia y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor.

Sant 5,7-10

Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, mandó a sus discípulos a preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?». Jesús les respondió: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!». Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan: «¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Mirad, los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis?, ¿a ver a un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Este es de quien está escrito: "Yo envío a mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino ante ti". En verdad os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él.

Mt 11,2-11

de la Palabra a la Vida



Solamente en la profunda contemplación de la realidad puede el hombre experimentar también una inmensa alegría. Si la persona no se implica totalmente en el conocimiento de la realidad, su visión de la vida será corta, y su experiencia de felicidad incompleta. Juan el Bautista es hoy ejemplo de quien quiere descubrir hasta dónde llega la mano de Dios y envía a sus discípulos a preguntar al Señor: "¿Eres tú el que ha de venir?" Una respuesta afirmativa hará que todo esfuerzo merezca la pena y que la alegría más grande se inserte en su corazón para no marcharse a pesar de sus penurias.

Esa gran alegría busca, apunta, se dirige a plenitud, pero no la alcanza: la alegría de este mundo solamente prepara e inicia la alegría con la que Dios quiere llenar nuestros corazones, la alegría de su vuelta. Es por eso que cuando Juan el Bautista escucha de sus discípulos lo que el Señor le ha mandado decir respira y se alegra, incluso estando en la cárcel. Juan y los suyos sabían de las profecías mesiánicas, como la que hoy se proclama en la primera lectura. Las curaciones son un signo de la presencia del Salvador, del ungido de Dios.

Así, la recomendación del apóstol Santiago en la segunda lectura: "manteneos firmes", podemos escucharla como una advertencia del Señor al Bautista en prisión: "¡Mantente firme! Si conoces la profecía y te cuentan lo que yo estoy haciendo fuera, mantente firme". También se puede aplicar la advertencia del profeta en la primera lectura: "Sed fuertes, no temáis". La fortaleza es siempre una victoria sobre el miedo, es una consecuencia de la fe que se ve realizada, de la promesa cumplida. Esa firmeza conlleva también una gran alegría, porque el creyente experimenta la dureza de la vida, pero no se viene abajo. En casa, en el trabajo, por problemas económicos o del corazón, el creyente encuentra su firmeza en que reconoce el poder curativo del Señor, y se mantiene fuerte. La alegría permite al que cree crecer con paciencia y afrontar todo lo que le pueda atemorizar, todo lo que le amenaza.

Pero esa alegría solamente la hemos empezado a conocer aquí, por eso a veces dudamos y se apaga, o nos parece que nos ha abandonado largo tiempo para siempre: no es así, si la hemos conocido, no solamente está, sino que anuncia su vuelta. El adviento nos anuncia su vuelta. Así, dice el apóstol Santiago: "El juez está a la puerta". El juez es Cristo, que "ha de venir para juzgar a vivos y muertos". Seguimos, sí, preparando su vuelta, por eso la alegría que no es plena va unida a una gran expectación. ¿Qué cosas en mi vida juntan alegría y expectación? El adviento se caracteriza precisamente por estas dos vivencias unidas, pues sabemos que el que ha venido volverá en majestad, que el que ahora nos alegra limitadamente, no por Él sino por nosotros, nos alegrará en aquel día plenamente. ¡Ven! Que estamos alegres y esperanzados.

A partir de la próxima semana, esta petición nos recordará la Navidad, pero ahora, cada día de nuestra vida, "¡ven!" es la expresión confiada del cristiano que, en medio de las dificultades, quiere conocer la alegría del Señor. La imagen del Bautista en la cárcel inquieto como para enviar sus discípulos al Señor, pero sereno a la vuelta de estos, nos enseña cómo debemos responder también nosotros en tantas circunstancias que encarcelan y amenazan a la alegría que deseamos. No debemos rendirnos a dejar de sentir, a dejar de alegrarnos, a dejar de vivir: al contrario, encontraremos nuestra fortaleza repitiendo, a cada latido del corazón, "¡ven!"

Diego Figueroa

al ritmo de las celebraciones



Algunos apuntes de espiritualidad litúrgica

Todos se reúnen. Los cristianos acuden a un mismo lugar para la asamblea eucarística. A su cabeza está Cristo mismo que es el actor principal de la Eucaristía. Él es sumo sacerdote de la Nueva Alianza. Él mismo es quien preside invisiblemente toda celebración eucarística. Como representante suyo, el obispo o el presbítero (actuando in persona Christi capitatis) preside la asamblea, toma la palabra después de las lecturas, recibe las ofrendas y dice la plegaria eucarística. Todos tienen parte activa en la celebración, cada uno a su manera: los lectores, los que presentan las ofrendas, los que dan la comunión, y el pueblo entero cuyo "Amén" manifiesta su participación.

(Catecismo de la Iglesia Católica, 1348)

para la semana

Lunes 12: de la III semana de Adviento. Feria.
Núm 24, 2-7. 15-17a. Avanza la constelación de Jacob.

Sal 24. Señor, instrúyeme en tus sendas.
Mt 21, 23-27. El bautismo de Juan ¿de dónde venía?

Martes 13: Santa Lucía, virgen y mártir. Memoria.

Sof 3, 1-2. 9-13. Se promete la salvación mesiánica a todos los pobres.
Sal 33. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.
Mt 21, 28-32. Vino Juan, y los pecadores le creyeron.

Miércoles 14: San Juan de la Cruz, presbítero y doctor. Memoria.

Is 45, 6b-8. 18. 21b-25. Cielos, destilad el rocío.
Sal 84. Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad al Justo.
Lc 7, 19-23. Anunciad a Juan lo que habéis visto y oído.

Jueves 15: de la III semana de Adviento. Feria.
Is 54,1-10. Como a mujer abandonada te vuelve a llamar el Señor.

Sal 29. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.
Lc 7,24-30. Juan es el mensajero que prepara el camino del Señor.

Viernes 16: de la III semana de Adviento. Feria.

Is 56,1-3a.6-8. A mi casa la llamarán casa de oración todos los pueblos.
Sal 66. Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben.
Jn 5,33-36. Juan es la lámpara que arde y brilla.

Sábado 17: Feria del 17 de diciembre.

Gén 49, 1-2. 8-10. No se apartará de Judá el cetro.
Sal 71. Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente.
Mt 1, 1-17. Genealogía de Jesucristo, hijo de David.

Con la colaboración de la Consejería de
Educación, Universidades, Ciencia y
Portavocía de la Comunidad de Madrid

Nº 1249

Edita: Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid
Dep. Legal M-1652-989
Imprime: Famiprint, S.L.